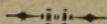




Cara hermosa, talle esbelto,
cuerpo de esos de *mistó*...
Se la cedo á Vdes, yo,
la verdad, no tengo suelto.

Crónica



Vaya, que ya no hay quien resista la tan dilucidada cuestión de los billetes del Banco de España. Toda la prensa sigue llenando sus columnas con noticias referentes á tan manoseado asunto, y haciéndonos abrir un ojo tamaño á los poco favorecidos por la suerte, que esperamos en breve ver la decantada depreciación de los papeles bancarios y no desconfiamos de revestir con ellos las paredes de nuestras casas, como aquel personaje de *Sueños de oro*.

Otra cuestión del día es el proyecto de ley leído en el Senado, referente á la reglamentación del trabajo de la mujer. Entre otras cosas, se pide en el aludido proyecto que se la prohíba trabajar de noche, entendiéndose por trabajo nocturno—según su sentido—*todo aquello que se haga de nueve de la noche á cinco de la mañana*.

Figúrense Vdes. cuántas pobres chicas que á esas horas agitan su cuerpo en lo más rudo de su faena, se quedarán sin pan cuando aquel proyecto sea ley vigente.

Porque, desengañémonos, hay oficios en los que las mujeres no pueden trabajar á las horas que las leyes deseen, si no á las que ordenan los parroquianos sostenedores de su industria.

Algunas señoras, que trabajan por pura afición, pues también el trabajo tiene adoradores desinteresados, y que llenan su cometido holgadamente y muy á gusto de sus maridos, están muy enojadas.

—Eso es,—les dicen á éstos, haciendo pucheritos:—ya no podré desabrocharte las botas y arrancarte las canas y estirarte el bigote y repasarle la ropa interior á tu regreso del casino, según mi costumbre. ¡Yo que gozaba tanto con estos trabajos!

—Ya lo harás por la mañana.

—No, porque ni es sano, ni me gusta ma-
drugar. ¡Mire V. que es bueno, que porque á estos legisladores se les antoje, haya una de adoptar nuevas costumbres! ¡A mi, que tanto me embelesa trabajar en la cama!



La procesión del Corpus resultó muy lucida. Las niñas bonitas y los militares lucieron sus galas; estos últimos bien armados y

con el plumero derecho como un huso. El traje de la jiganta fué muy criticado, no satisfaciendo á las madres el color de la tela ni la abertura por donde su conductor asomaba los ojos.

—Eso no viste—se oía por doquier;—si al menos ese agujero estuviera algo más arriba...

Desde los balcones se arrojó tanta hojarasca y tantos papelitos, que los transeuntes se vieron cubiertos de ellos.

—¡Pare V.!—le dijo un caballero á otro—lleva V. la cabeza llena de motas blancas, y eso resulta algo pornográfico.

—¡Si es serrín!—replicó otro.—Venga V., le frotaré con el bastón.

—No, no se moleste V.,—contestó el buen señor:—si es caspa! Es un humor de que siempre hago consumo durante esta época del año.

Los cereros hicieron el caldo gordo, á juzgar por el número de luces que acompañaba á la procesión.

—Permítame, y perdóne—exclamó una dama dirigiéndose á un doncel que con religioso fervor oprimía entre ambas manos un hermoso cirio—ese cirio no es suyo, ¿verdad?

—¡Ay, no señora!—contestó aquél conmovido; es de mi principal, que me lo ha encomendado por algunos momentos.

—Ya me parecía á mí... ¡Si es más comodón! ¡Vaya un hombre! ¡Mire V. que necesitar hasta que le tengan la vela!



¡Atención, solteras y viudas! ¡Ojo, mucho ojo!

Habla *El Monitor*, de la isla de S. Mauricio:

«Un coleccionista que posee 13.514 sellos de Correc, desea casarse con una coleccionista entusiasta como él y que posea el sello azul de un penny, de 1847.»

¿Ven Vdes. qué poca cosa piden para casarse en aquella tierra?

Aquí, que cada día les va siendo á las jóvenes más difícil tomar el oficio de casadas.

Porque por estas tierras no se contentan los hombres con pedir un sello.

Hay quien desearía pedir á la mujer sellada.

Y lacrada.

Y sin la menor fractura.

Y esto es casi imposible.

Si la mujer que se una con el colecciona-

dor es tan entusiasta como él, y si con igual ahinco se dedican ambos á otras cosas, Dios los asista.

Necesitarán el capital de Rostchild.
Y sostendrán á todas las amas de cría del país.

CANUTO BLANCO Y DELGADO.

¡La punta! ¡La punta!

Tantas veces me pedía que la hiciese versos Juana, que aunque de muy mala gana se los hice el otro día.

Yo, queriéndola agradar, la dije que era preciosa, inocente, virtuosa, amable, dulce... ¡la mar!

Elogié su discreción, exageré su talento, y en fin, me quedé contento de aquella composición.

Ayer me encontré á Juanita con su estúpida mamá

y me dijo:—«Si, si, está la cosa muy bien escrita; pero me esperaba yo una cosa diferente, no escrita tan seriamente como usted me la escribió.

Yo quiero que usted me escriba otra que tenga más punta... ¡ba! —¿Como punta?—¿Qué pregunta! Hombre, que sea festiva.

—Pero, tonto, ¿no lo entiendes? dijo también la mamá, ¡mucho más nos gustará teniendo punta! ¿comprendes?

Por complacer á las dos, escribiré unas burradas que las pongan coloradas de vergüenza, ¡como hay Dios! porque ya me he convencido, por lo que me han expresado, de que anduve equivocado al cumplirlas lo ofrecido.

Sobre todo si se junta esa obstinación *non sancta*. ¡Claro! ¡á las dos las encanta todo lo que tiene punta!

TIMOTEO DE LIMA

Á Dolores

Al querer conquistar tanta belleza, é intentar dueño ser de tus amores, me diste tú, Dolores... dolores de cabeza.

Los amores al límite llegaron, y al lograr lo que yo me proponía, mis dolores un día al corazón bajaron.

Mas descendieron luego tan abajo, que el médico me ha dicho que me prepare el nicho, porque es la curación de gran trabajo. —Si no le opero —dice— usted se muere; y yo digo: —¡Este mal me desespera! Si no te hubiera abandonado... ¡oh pera! no habría de decirle ahora que ¡opere!

JOSÉ LABASTIDA TORRES.

El Amuleto.

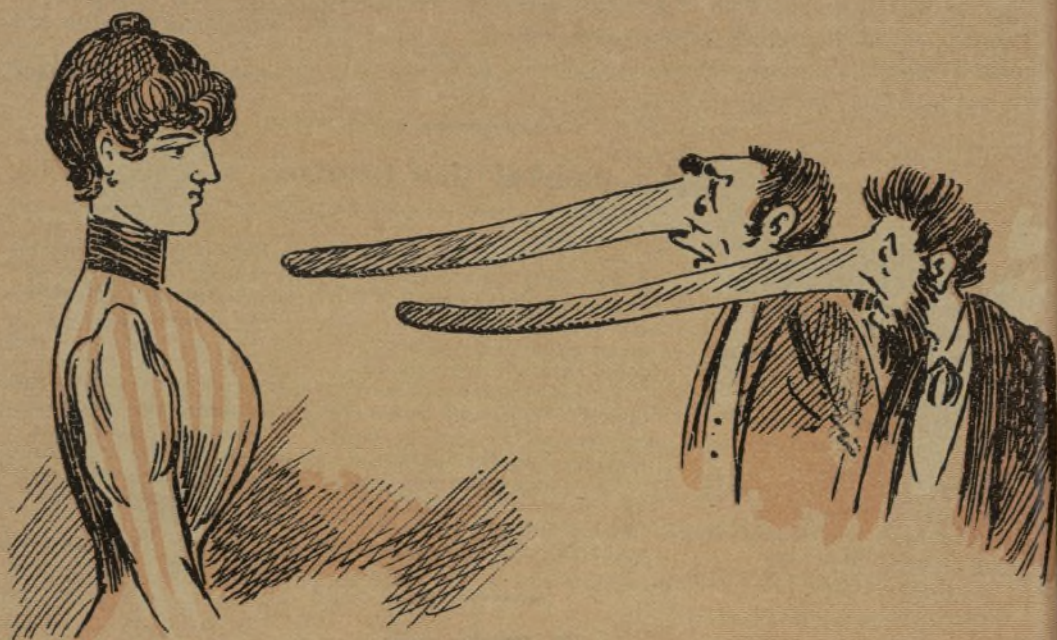
¿Dónde encontrar una mujer más desgraciada que Clara? Ella, que se había casado enamorada hasta la locura de su marido, verse sumida en el abandono, en tanto que Alfredo... ¡Oh! la verdad es que de todo tenía la culpa el pícaro de Alfredo. Irascible, más que irascible, colérico; derrochador, manirotto, siempre á caza de los refinamientos del lujo y de los ineditismos de la elegancia... ¡Oh! era intolerable.

No es esto decir que á ella no le gustasen también las cosas buenas y bonitas; pero, ¡qué diferencia! ¿Qué era lo que Clarita necesitaba? ¡Bah! ¡ninguna cosa del otro jueves! Un cochecito con dos jacas... Un hotelito amueblado... en fin, pequeñeces, (y no del P. Coloma). En cuanto á gastos interiores, costurera, planchadora, modista, corsetera... y nada más... Pero, él, él... ¡un caballo de carreras! ¡una colección de cuadros! un yacht á la vela... ¡que sé yo!

Y por si tales necesidades no eran bastante caras, el niño se había hecho jugador ¡jugador!... y con la peor sombra del mundo, porque en los dos años que llevaba casado, apenas había podido acertar una carta... ¡Oh! Era desesperante! Esto, como es natural, causaba su mal humor, y juraba, rabiaba y pateaba como un condenado.

Comprendan ustedes la situación de este matrimonio, en el preciso momento histórico en que lo presento á mis lectores, momento en que Alfredo, con toda solemnidad, trataba de usted á su esposa Clara, una muchacha de veintidos años, con unos cabellos... unos dientes... unos pies... unos... unos... (esos, sobre todo.) Además de esto, agobiados de deudas, sin recursos extraordinarios de que poder echar mano, y gozando sus tías y tíos de una salud de todo punto desesperante.

Lo peor, lo más triste del caso, era que, gracias al desenfrenado modo de jugar de Alfredo, la gente conocida empezaba á compadecer á Clarita, pobre mártir que se veía



En sus buenos tiempos, los hombres eran buenos
mozos.



Hoy no sirven para nada.



¿ ?



- ¡Leche!
- Dispense V., señorito, pero me parece que no le he faltado en nada.

obligada en pleno invierno á llevar arreglados los mismos trajes que le sirvieron el anterior otoño... Y el gordo D. Lesmes, en su cualidad de amigo antiguo, y el flaco vizconde en concepto de joven amigo, compadecidos de ella, no dejaban de tenerla al corriente de las locuras de Alfredo, de sus jugadas exorbitantes, de sus apuestas locas... ¡Oh! era incorregible el tal muchacho. ¡Que ellos jugasen más y más fuerte que él, pases!... Después de todo, los dos eran solteros... Pero Alfredo... un hombre casado... ¡no! en él era imperdonable.

¿Qué hacer en esta situación? ¿Poner obstáculos á la conducta de Alfredo? ¡Imposible!... Intentarlo siquiera, equivaldría á probar una reconciliación entre el fuego y el agua... Si, pero dejarse arruinar de aquel modo... ¡No! jamás! Puesto que el jefe de la familia se olvidaba por completo de sus deberes, era á ella, á Clara, á quien correspondía el deber... la responsabilidad... y... En fin, no había precisión de decirlo, era de todo punto necesario resolverse... porque donde las dan las toman. Para conjurar un peligro hay sus medios... Si fuera posible encontrar un amuleto, quediera buen resultado; en este caso... ¡qué alegría! Entonces podría pagarse á todos aquellos cocodrilos que pagarían á todos aquellos proveedores, ella se encargaría aquella manetaleta que vió en los escaparates de Duarri... y las camisas recién llegadas á casa de Garcerie, de batista y chantilly negro! ¡Es tan complaciente Alfredo cuando tiene dinero!... tan amable... ¡Si, si!... es preciso combatir, y combatir hasta obtener la victoria.

Por de pronto, Clara recurrió al trébol de cuatro hojas, á un cerdo (ustedes dispensen, y no señalo) de platino, á una medalla de san Jorge; á un cuerno de coral... ¡pero como si nada! El resultado era siempre nulo. Alfredo seguía jugando y perdiendo siempre, y ella, por consecuencia, siempre sin un cuarto, y sin poder satisfacer sus legítimas aspiraciones, ¿Qué hacer? ¿A quién consultar? ¡Ah! el gordo D. Lesmes y el vizconde flaco, que ganaban siempre á todos los juegos, debían, á no dudarlo, conocer el secreto; tal vez eran poseedores del misterioso amuleto...

Sucesivamente, uno después de otro, ambos fueron consultados por Clara, quien con lágrimas en los ojos les contó sus cuitas, y sucesivamente, uno después de otro, contestaron ambos, también con lágrimas en los ojos:

—Es preciso... adornar su frente.

—¿Cómo!... ¿no hay otro medio?

—Ninguno, absolutamente.

Ella debía considerar que ambos eran sinceros y sobrado buenos amigos para aconsejarla bien. ¿Era ó no verdad? Pues entonces,

á grandes males grandes remedios; para combatir una pasión tan violenta, era el único medio;—y aun,—añadieron los dos,—nada de medias tintas, ni de andarse por las ramas!»

No había que dudar... y puesto que la batalla estaba planteada, no faltaba más que darla.

La verdad es que Clara era muy desgraciada: amaba á Alfredo, y éste la hacía sufrir horriblemente. Por fortuna el jesuitismo femenino la sugirió un gran pensamiento, es á saber; que escogiendo un individuo desagradable, feo, tanto cuanto fuera posible, la acción que debía llevar á cabo resultaría más meritoria que punible. Nadie más indicado en este caso que el gordo D. Lesmes; nadie al menos diría de ella que si faltaba era por disculpable capricho.

Pues nada. Apesar de todo, Alfredo no tenía enmienda. Este nuevo desengaño enfureció á la pobre Clara. ¡Cómo la engañaban! Sus propios amigos, los amigos de su marido! Pero, ¿de quién fiarse, Dios santo?... ¿De quién fiarse!... A quien tenía verdadera rabia era al vizconde... Haberla impulsado á faltar... ¿y para qué?

Fuera de sí Clarita, llamaba al día siguiente á la puerta del joven consejero, dispuesta á interpellarle.

El no le dejó tiempo, y ella no pudo replicar porque fué necesaria una hora larga para explicarle á la joven todas las partes, adornos, cambios, y apoteosis del nuevo amuleto.

—Oye,—dijo Clara arreglándose el vestido y poniendo en su cabeza la airosa mantilla—¿y si el medio no diera los resultados que tú pretendes?

—Puedes estar tranquila: yo te aseguro que...

—¿Que en lo sucesivo ganará Alfredo? Lo dudo, porque...

—Di... ¿es que... tal vez has ensayado ya...?

—Lo digo porque el gordo Don Lesmes también me ha dicho lo mismo.

—Don Lesmes... el gordo... ¿y qué sabe ese botijo viviente? Andar á su edad con amuletos... No puede ser él quien lleve la verdadera suerte al bueno de Alfredo.

Y mientras bajaba la escalera, Clarita se decía *in petto*:

—Volveré mañana: me parece que ahora he acertado.

Con efecto, el amuleto es excelente... para Alfredo, que realiza ganancias inesperadas, pero deplorable para el vizconde, que pierde de un modo lastimoso.

REMEMBER.

Elisire d' amore

Sobre un coche sucio y raro,
de siglos rancios reflejo,
pues debió ser, por lo viejo,
de tiempos de Gundemaro;
con su ramplona elocuencia
un sacamuelas charlaba,
al que absorta contemplaba
numerosa concurrencia.

El francés (ó lo que fuera)
con un frasquito en la mano,
muy orondo y muy ufano,
empezó de esta manera:

«Señores, aquí presento
«el bálsamo milagroso,
«lo más grande y más hermoso
que ha producido el talento.

«Este bálsamo se saca
«de la serpiente amarilla,
«que habita junto á la orilla
«del golfo de Chuquimaca,
«que se guarece entre el hielo
«cuando sofoca el calor,
«y que caza un servidor
«en las épocas del celo.

«Es base de la salud,
«pues sin perjuicios ni daños,

«hace que pasen los años
«en eterna juventud.

«Nuestra propia dicha labra,
«nos inundan de placeres...»
(Y la gente ¡que si quieres!
sin decir una palabra.)

«Una gota, ó dos, ó tres
«del bálsamo de serpiente,
«aplicadas en caliente
«en la planta de los piés,
«quitan al punto, señores,
«las fiebres, escarlatinas,
«la difteria, las anginas,
«é infinidad de dolores.

«Las canas, no hay que decir,
«de los calvos no hay que hablar;
«el frasco basta mirar,
«y sus efectos sentir.

«Puesto el líquido en presen-
«de las piedras, al contacto [cia
«nacen pelos en el acto
«¡tan tremenda es su potencia!

«Lo que cabe en un dedal,
«bien revuelto con la sopa,
«limpia en el acto la ropa
«de una manera especial.»

Por más vueltas que le daba
por más esfuerzos que hacía,
ni un solo frasco vendía;
nadie el licor le compraba.

«Señores, mucha atención,
«porque todo lo contado
«son tortas y pan pintado,
«pequeñeces solo son.

«Aun queda lo principal,
«lo absurdo, lo inconcebible,
«lo que parece imposible,
«lo que no tiene rival.

«La mujer, joven ó vieja,
«(pues la edad importa un pito)
«que llegue á usar el frasquito
«cual el prospecto aconseja,
«aunque no salga de casa,
«encuentra novio al instante
«y, lo que es más importante,
«al año justo se casa.»

Yo no sé á qué obedeció,
pero, Señor, es el caso,
que en medio minuto escaso
sin un frasco se quedó.

F. BERNÁLDEZ ROMERO

Chismes y cuentos

Yo siento ser empalagoso y decir siempre lo mismo; pero la verdad es que la culpa no es mía. ¡Es del Fiscal!

El último número de EL CHISME ha sido denunciado.

Verdad es que también lo fueron el penúltimo y el ante-penúltimo y el anterior á estos y el anterior al anterior á estos y... ¡Y así sucesivamente!

Por todo lo cual, desde hoy, no volveremos á dar cuenta de nuestras denuncias. ¿Para qué?

Cuando, de aquí en adelante, cojan ustedes EL CHISME, lean, aun cuando no esté escrito: «Ha sido denunciado nuestro número anterior.»

¡Y no se equivocarán!

¡Ay de mí! ¡no se equivocarán!

Entre su prima Socorro,
y un amigo de Felipe,
para que no se constipe,
le ponen de noche el gorro.

Lucia experimentaba

tratando á Justo tal gusto,
que al verlo entrar, exclamaba:
«¡Qué gusto cuando entra Justo!

JUAN R. RAMIREZ GRANDE.

Don Timoteo, hombre viudo que tiene una hija de quince años, trata de casarse con una jamona, viuda también, pero muy apetecible.

El otro día la hija de D. Timoteo cayó enferma.

—¿Qué tienes? le pregunta su futura mujer, viéndole triste.

—Qué mi polla está enferma.

Y no sé por qué, la futura de D. Timoteo rompió las relaciones en el acto.

Parece que romper quieres
las relaciones, mi bien,
y puesto que tú te empeñas,
rompámoslas de una vez.

Tu pelo, tus cartas, todo,
todo te lo volveré...
Sólo una cosa me diste...
que no te puedo volver.

Imp. de Calzada, Arco Teatro, 9, pasaje.

EN LA PERFUMERÍA, POR CHISMITO.



—¿Quiere V. darme polvos de arroz?
—Siendo de arroz... ¡todos los que V. quiera señora!

ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

EL CHISME

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE **EL CHISME**

EN LA CORUÑA

D. TOMÁS LABANDEIRA

Terre, núm. 23, bajos.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

EL CHISME

EN VALENCIA

D. Julian Peris Mencheta

Entença, número 40

UNICO EXPENDEDOR
AL POR MAYOR

DE

EL CHISME

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente a la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

EL CHISME

EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL

CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

EL CHISME

EN CADIZ

D. JUAN RUBIO LOPEZ

Sacramento, número 25

EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 13, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.

Id. atrasado. 25

Ayuntamiento de Madrid